

Rodó y la conceptualización de su panhispanismo de la lengua

Bajo este título tan ambicioso, voy solo a espigar algunas ideas y algunas referencias que encuentro en escritos del grande José Enrique Rodó, patriarca de las letras hispanoamericanas, junto con Bello, Sarmiento, Montalvo, Hostos, Martí y Darío, y que entran en sintonía con lo que hoy pensamos y practicamos en relación con el panhispanismo en la comprensión, estudio y divulgación de la lengua española.

[Quiero que esta aproximación rodoniana sea, también, manifestación de inmensa gratitud por el gesto noble que ha tenido esta honorable Academia Nacional de Letras de Uruguay al distinguirme con la designación de miembro correspondiente en Madrid. Además de mi admiración por algunas figuras intelectuales, literarias y lingüísticas de Uruguay, entre las que estarían, además del autor de *Ariel*, la del poeta modernista Julio Herrera y Reissig, en cuya casa nos encontramos, la del genial narrador Horacio Quiroga, la del lexicógrafo hispano-uruguayo Daniel Granada, la de los críticos e investigadores literarios Alberto Zum Felde, Ángel Rama (artífice máximo de la Biblioteca Ayacucho, empresa venezolana de impacto continental) y Emir Rodríguez Monegal (autor del impagable libro *El otro Andrés Bello*), la del dialectólogo José Pedro Rona y del lingüista mayor Eugenio Coseriu, padre de todas las escuelas de lingüística moderna que en el mundo han sido; tendría que mencionar la de algunos maestros y amigos, exiliados uruguayos en Venezuela, con los que tuve la suerte de compartir durante mis años universitarios: el maestro Hugo Achugar, los filósofos Mario Sambarino y Eduardo Piacenza y el profesor Sergio Serrón. En clave académica y de academias, me ufano de poseer la amistad de varios miembros de esta ilustre casa: la secretaria y muy querida amiga Marisa Malcuori, las colegas y compañeras de proyectos ASALE Magdalena Coll y Virginia Bertolotti y la de los jefes supremos: el admirado maestro y amigo Adolfo Elizaincín, expresidente de esta academia, y la de Wilfredo Penco, viejo y querido amigo, a quien conocí en Caracas en una de sus muchas visitas y que por segunda vez dirige esta corporación, una de las más brillantes y rigurosas en el panorama actual de las academias de la lengua].

Permítanme, ahora, volver a Rodó durante unos pocos minutos. Interesa principalmente establecer un enlace entre la doctrina que Rodó postulaba, teniendo a la vista evidencias muy claras, sobre el utilitarismo norteamericano y su incidencia negativa en Hispanoamérica y visualizar en ella una de las claves precursoras para la definitiva comprensión del español como lengua panhispánica.

Cuando Rodó publica *Ariel*, en 1900, hacía dos años que se había concretado el desplome del imperio español con la pérdida de sus últimas colonias de ultramar, principalmente, Cuba y Puerto Rico, al ser derrotada España en la guerra que sostuvo con los Estados Unidos. Se sabe que Rodó sufrió por ello una gran decepción, pues sentía, como todo el mundo hispánico, esta pérdida no como la derrota de un país, sino como la de una cultura toda. En el capítulo VI de su primer libro, Rodó ordenará un código mental combativo frente a lo que califica de *nordomanía* de la América hispánica; una suerte de resignación o sometimiento frente al

espíritu utilitario de los Estados Unidos, entendido como “idea del destino humano” –nos dirá–, por donde se llega a una igualación en lo mediocre, al automatismo social, a la masificación y a la robotización del hombre, como Ernesto Sábato calificaría más tarde el fenómeno. Lo más interesante, dentro de todo lo sustantivo y crucial que este ensayo fundamental contiene, es que cuestiona este llamado “americanismo”, desde la calificación europea, que todavía sigue abonando el equívoco entre las distintas Américas. El sumario que Ángel Rama establece para este apartado en la edición que él mismo cuida para la tercera entrega de la Biblioteca Ayacucho, el año 1976, no deja dudas sobre la rotundidad de la doctrina antiimperialista de Rodó y de su antinorteamericanismo como respaldo de un sopesado y noble hispanismo americano:

Los Estados Unidos como representantes del espíritu utilitario y de la democracia mal entendida. La imitación de su ejemplo; peligros e inconvenientes de esta imitación. Los pueblos no deben renunciar en ningún caso a la originalidad de su carácter para convertirse en imitadores serviles. Crítica de la civilización norteamericana. Sus méritos, su grandeza. Cita de Spencer. El defecto radical de esa civilización consiste en que no persigue otro ideal que el engrandecimiento de los intereses materiales [...] Resumen: la civilización norteamericana no puede servir de tipo o modelo único¹.

El arielismo, como se sabe, corrió como un virus por todo el continente y captó adeptos en todos los círculos y escuelas literarias y de pensamiento a ambos lados del Atlántico. Es célebre la fascinación de Juan Ramón Jiménez por el escritor uruguayo (le escribe una carta, en enero de 1902, encareciéndole el envío de un ejemplar de *Ariel*, pues se ha leído en España por un único y perseguido ejemplar que corría de mano en mano entre los escritores más jóvenes²). Asimismo, el año 1901, en Maracaibo, la segunda ciudad de Venezuela, el escritor Jesús Semprum y un grupo de nuevos escritores funda el “Grupo Ariel” con el que sellan su veneración por Rodó y con el que adquieren el compromiso en favor de un rescate estético y moral. Declarado adversario del modelo estadounidense, que conoce muy bien gracias a su prolongada residencia en Nueva York y que en materia lingüística declarará, año 1924, que “más ominosa que la influencia económica del capital extranjero y de la «diplomacia del dólar» es el influjo que comienza a ejercer sobre el español de América el idioma yanqui”, Semprum escribirá a la muerte del escritor uruguayo un hermoso texto en cuya conclusión recupera la materia lingüística de su doctrina y atisba, al menos parcialmente, su acendrado hispanismo americano, ya prepanhispánico:

El idioma en sus manos era el instrumento dócil y armonioso en que América ha convertido la lengua que le legó España. No hay nada de español, por fortuna, ni en sus ideas ni en su sensibilidad ni en su estilo. Él fue uno de los adalides que dirigieron la cruzada de la renovación de la literatura española, oscurecida durante años de una decadencia insípida y soporosa. Él fue uno de los que alzaron nuevamente la voz para clamar que sólo altos ideales

¹ José Enrique Rodó. *Ariel. Motivos de Proteo*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1976, p. 368. Prólogos: Carlos Real de Azúa. Edición y cronología: Ángel Rama. (Colección clásica, 3)

² Juan Ramón Jiménez. “José Enrique Rodó (1917)”. En *Espanoles de tres mundos (1914-1940)*. Madrid: Visor Libros/ Diputación de Huelva, 2009, p. 89. Prólogo: José Manuel Caballero Bonald. (Obras, 38)

perseguidos con firmeza, con abnegación y con fe salvan a los pueblos y a los hombres de la vulgaridad y del infortunio³.

De una u otra manera, todo había comenzado cuando Andrés Bello, en 1847, señala y asienta en el prólogo a su *Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos* los fundamentos de unidad y diversidad del español, la necesidad de la interpretación policéntrica de los fenómenos y, en definitiva, las bases del futuro panhispanismo. Bello hablaba de “derechos lingüísticos”, al entonar el tantas veces repetido reclamo de “Chile y Venezuela tienen tanto derecho como Aragón y Andalucía para que se toleren sus accidentales divergencias”⁴. Continuaría Rubén Darío proponiendo similar liberación al crear un nuevo código poético que no conocía la lengua desde los tiempos de Góngora (no hay que olvidar que a Rodó se le debe uno de los más perfectos ensayos dedicados al genio nicaragüense). José Martí la gestionaría bajo un mandato político que le permitiría evaluar la historia colonialista para proponer el canon liberador de “Nuestra América”. A uno y a otro se le conocerán por su abierta oposición al modelo estadounidense. Como vemos, el tiempo de Rodó estaba ya anunciado y solo faltaba la llegada del maestro.

¿De qué manera es posible afirmar que Rodó había anticipado, como antes lo hicieran Bello, Darío y Martí, y desarrollado aun más el panhispanismo de la lengua?

Uno de sus discípulos, Hugo D. Barbagelata, en el prólogo a los *Cinco ensayos*, que edita en Madrid la Editorial América, del también rodoniano escritor caraqueño Rufino Blanco-Fombona, en 1915, dará una primera pista, cuando incorpora en su estudio un fragmento de una entrevista en donde Rodó afirma su idea de la *conciencia hispano-americana*, es decir, española y americana, de nuestra literatura en clave ya panhispánica: “si todo esto ha de venir, puede esperarse que esté próxima la hora en que la conciencia hispano-americana, movida por el sacudimiento universal [se refiere a la guerra del 14], afirme definitivamente su personalidad y demuestre su aptitud para incorporarse al grupo de los pueblos creadores de civilización y cultura”⁵.

En el mismo sentido, un discípulo fuera de su tiempo, el humanista y académico venezolano Luis Beltrán Guerrero, el más sureño de nuestros escritores contemporáneos, formado en el Río de la Plata al amparo de Pedro Henríquez Ureña, asumirá para él mismo, en el estudio que consigna sobre Rodó, y con el que abre sus *Páginas australes*, un principio miliar de la religión rodoniana de la lengua, la patria, la nación, el territorio, cuyos destinos están más allá del territorio, la nación y la patria, gracias al reconocimiento en una lengua y en una cultura comunes: “Rodó está ya incólume, en el presidium de los más grandes ciudadanos de la intelectualidad americana, vigilando el destino de estos pueblos nuestros, que ellos [Bello,

³ Jesús Semprum. “José Enrique Rodó (1871)”. En *Crítica, visiones y diálogos*. Caracas: Fundación Biblioteca Ayacucho, 2007, p. 164. Prólogo: José Balza. Cronología y bibliografía: Ángel Gustavo Infante. (Colección clásica, 236)

⁴ Andrés Bello. *Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos, con las Notas de Rufino José Cuervo* [1847, 1881]. Madrid: Arco/ Libros, 1988, tomo I, p. 161. Edición y estudio preliminar: Ramón Trujillo. (2 vols.).

⁵ Cita en Hugo D. Barbagelata. “Rodó (Silueta que podrá servir para un retrato futuro)”. En *Cinco ensayos*. Madrid: Editorial América, 1915, p. 18.

Sarmiento, Martí y Montalvo] antevieron espléndido dentro del sentido de una estrecha solidaridad continental anuladora de fronteras y de prejuicios nacionalistas”⁶.

Si panhispanismo es reconocimiento de una lengua común, Rodó es panhispanico. Si panhispanismo es anulación de territorios, fronteras y nacionalidades, Rodó es panhispanico. Para él la patria política nada tiene que ver con la patria afectiva. Aunque invocando a Bolívar y no a Bello, lo dejará bien asentado en el ensayo “Magna Patria”, de *El mirador de Próspero*:

Patria es, para los hispanoamericanos, la América española. Dentro del sentimiento de la patria cabe el sentimiento de adhesión, no menos natural é indestructible, á la provincia, á la región, á la comarca; y provincias, regiones ó comarcas de aquella gran patria nuestra, son las naciones en que ella políticamente se divide. Por mi parte, siempre lo he entendido así, ó mejor, siempre lo he sentido así. La unidad política que consagre y encarne esa unidad moral— el sueño de Bolívar,— es aún un sueño, cuya realidad no verán quizá las generaciones hoy vivas. ¡Qué importa!⁷.

En consonancia con el panhispanismo de Bello, que insistía en el “vínculo común” producto de fraternidades entre las naciones, Rodó, en otro ensayo del mismo libro, titulado “La enseñanza del idioma”, auténtica filosofía arielista de la gramática española, resumirá la necesidad de fortalecer el patrimonio lingüístico común como una forma de frenar el crecimiento aluvional de la inmigración multilingüística en nuestros países. Una vez más, el espectro de lo foráneo desnaturalizador y el idioma como el indicador más claro de la personalidad de los pueblos:

Preocupados hasta ahora, con justa preferencia, de adquirir ideas y modernizar nuestro espíritu, abandonamos, y hasta desdeñamos conscientemente, el estudio de la lengua materna, porque ella no bastaba como instrumento directo de aquella renovación de nuestra cultura. Pero la reacción empieza á imponerse, y no en vano, al criterio de los hombres reflexivos. Creciendo estos pueblos por aluviones de inmigración, de la más varia procedencia, reparan ya en la necesidad de resguardar y fortalecer todo lo que constituya una energía asimiladora, como lo es en alto grado una lengua nacional; y esta lengua, para las naciones hispanoamericanas, no puede ser otra, fundamentalmente, que aquella que las vincula á la tradición humana de la civilización; que las vincula entre ellas mismas, manteniendo para lo porvenir el lazo de una unidad preciosísima, y que, dentro de cada una de ellas, sirve de vínculo con el propio pasado y de expresión connatural á todos los accidentes de la vida. El idioma es á la personalidad colectiva de un pueblo lo que el estilo á la personalidad del escritor; lo que esa entonación característica que llamamos *modo de hablar* á la personalidad del hombre común: un sello natural y propio que no puede cambiarse. Un pueblo que descuida su lengua, como un pueblo que descuida su historia, no están distantes de perder el sentimiento de sí mismos y de dejar disolverse y anularse su personalidad. Hay, en el fondo

⁶ Luis Beltrán Guerrero. *Páginas australes*. Buenos Aires: Embajada de Venezuela en Buenos Aires/ Artes Gráficas Corín-Luna, 1979.

⁷ José Enrique Rodó. “Magna Patria”. En *El mirador de Próspero*. Montevideo: José María Serrano, Editor, 1913, pp. 290-291.

de estas cuestiones verbales, intereses de una entidad mucho mayor de lo que alcanza á percibir el vulgo⁸.

La figura de Cervantes será, finalmante, la que aglutine la mayor potencia panhispánica, pues españoles y americanos por igual la reconocen como la de indiscutible capacidad para sintetizar la unidad de la lengua y la cultura hispánicas: “El sentimiento del pasado original, el sentimiento de la raza y de la filiación histórica, nunca se representarían mejor para la América de habla castellana que en la figura de Cervantes”, llegará a afirmar en su ensayo “La filosofía del Quijote y el descubrimiento de América”, que compila en *El camino de Paros*, del año 1919. Gracias a Cervantes y a su más célebre creación, el idioma asume su noble protagonismo de hermandades entre los actores de una civilización que habla, piensa y siente en español:

Y esa persistente herencia no tiene manifestación más representativa y cabal que la del idioma, donde ella se resume toda entera y aparece adaptando a sus medios connaturales de expresión las adquisiciones y evoluciones sucesivas. Confirmar la fidelidad a esa forma espiritual que es el idioma y glorificarla en el recuerdo de su escritor-arquetipo, es, pues, el modo más adecuado y más sincero con que América puede mostrar el género de solidaridad que reconoce con la obra de sus descubridores y civilizadores⁹.

La lengua española será para el sabio uruguayo la gran vencedora en una contienda librada contra la inmensidad geográfica, el distanciamiento físico, el divorcio mental, las injerencias raciales, las imposiciones ideológicas, los sueños imperiales, los nacionalismos desquiciados, la merma de libertades, los complejos locales, las miserias económicas y las explotaciones humanas, entre muchos otros dramas de nuestra realidad.

La lengua española ha triunfado en el enfrentamiento entre los distintos españoles que la componen, en la idea de que la lengua española es más fuerte que sus partes. En suma, el español como lengua panhispánica y como saldo indiscutible de civilización. En el destino de Rodó estaba el panhispanismo y en el del panhispanismo estaba y estará siempre el impulso fundacional e iluminador de este patriarca del pensamiento americano que creía, gracias a la lengua, en “la unidad de su historia” y en “la fraternidad de sus destinos”¹⁰.

Francisco Javier Pérez

⁸ José Enrique Rodó. “La enseñanza del idioma”. En *El mirador de Próspero*, ob. cit., pp. 350-352.

⁹ José Enrique Rodó: “La filosofía del Quijote y el descubrimiento de América”. En *El camino de Paros*. Valencia: imprenta Hijos de F. Vives Mora, 1919, p. 28.

¹⁰ *Ibid.*, p. 31.